

gon, el cual despues de haberlo meditado se resolvió ir á Valencia y se alojó en el palacio arzobispal (19 de setiembre). Pero el buen efecto que pudo producir la presencia del príncipe se malogró á los pocos dias con la llegada de Vicente Peris, que ufano con sus triunfos y su popularidad pretendia mandar en gefe y revocaba las órdenes de don Enrique. Con esto crecian diariamente los desórdenes y la confusion. El dia que se celebraba el aniversario de la conquista de Valencia por don Jaime I. (9 de octubre), pasando los populares en procesion por delante del palacio del arzobispo, insultaron al príncipe que se habia asomado á una ventana y dispararon de paso algunos tiros.

Semejante situacion no podia prolongarse mucho. El virey se habia apoderado de Murviedro y amenazaba la capital, mientras por otro lado amenazaban los marqueses de los Velez y de Moya con los señores de Albaterra y de Mogente, al frente de siete mil infantes y ochocientos caballos. Viendo la Junta de los Trece la imposibilidad de resistir, en la situacion anárquica de la poblacion, á tan considerables fuerzas, propuso capitulacion (1). Admitióla el virey á condicion de que los plebeyos dejaran las armas, depositándolas en el convento de San Francisco, y de que admitieran los jurados que él proponia. Aviniéronse á

(1) Para esto pasaron á Murviedro en nombre de la ciudad el obispo de Mallorca, tres canónigos, el racional, un abogado, y

dos de cada oficio, que serian entre todos ciento cincuenta de á caballo.

ello los Trece, y en su virtud resignaron el gobierno de la ciudad en manos de don Ramon de Viciano; los nuevos jurados tomaron posesion de sus cargos (18 de octubre); los agermanados mas comprometidos abandonaron la ciudad, refugiándose Vicente Peris en Alcira, y trece dias despues hizo su entrada el conde de Mélito en Valencia (1.º de noviembre), dejando acantonadas sus tropas en los pueblos de la comarca.

El nervio y la fuerza principal de las germanías quedaba en Alcira, donde se hallaba el intrépido Vicente Peris con gente denodada y resuelta á defenderse peleando á todo trance, y en combinacion con la de Játiva hacia atrevidos rebatos contra los destacamentos realistas. Sobre Alcira se puso el virey con ocho mil hombres y un buen tren de batir. Pero á los pocos dias de sitio, faltas sus tropas de víveres, intentado infructuosamente un asalto, y con noticia de que se aproximaban tres mil agermanados en socorro de la poblacion, levantó el cerco con pérdida de mas de mil hombres, y enderezóse á Játiva, no sin que los de Alcira destacaran en pos de él una respetable columna que le fué molestando todo el camino y diezmándole su retaguardia.

Cuando parecia ir tocando á su término esta desastrosa guerra, se derramaba mas sangre de compatriotas y hermanos. En los diferentes ataques que el virey intentó contra Játiva, y en las varias salidas que

contra él hicieron los de la ciudad, perecieron de una y otra parte cerca de cuatro mil hombres. Recurrió el virey á medios políticos para hacer venir la ciudad á una capitulación, y se vió envuelto por un ardid de los agermanados, con el cual se acreditaron de muy artificiosos, pero de nada nobles. Dijéronle que rendirían la ciudad con tal que se les permitiera entregarla á su hermano el marqués de Zenete, de quien tenían confianza. Accedió á ello el virey; en su virtud el marqués su hermano fué llamado á Játiva (diciembre), y el conde, fiado en que se haría su rendición, se retiró á Montesa. Tan luego como se vieron libres los de la germanía, provocaron un motin dentro de la ciudad; trató de sosegarle el marqués de Zenete, echóse sobre él Vicente Peris, que parecia hallarse en todas partes, con doscientos de los suyos; el marqués se defendió briosamente, pero fatigado del largo combate hubo de rendirse, y le encerraron en la torre de San Jorge.

Justamente exasperado el virey con tamaña deslealtad y tan pesada burla, antes de revolver contra los de Játiva, descargó primero sus iras en los de Onteniente, que sometidos ya, habían vuelto á rebelarse. Acometida la villa y hechos fuertes los comuneros en la iglesia y en la casa del párroco, incendió el virey la una y se apoderó á viva fuerza de la otra; hizo sobre quinientos prisioneros y mandó ahorcar en su plaza á mas de setenta. Angústiase el alma y se

estremece el corazón al tener que reseñar (y lo hacemos lo mas compendiosamente que nos es posible) tan trágicas escenas. No sucedía así en verdad á los autores de aquellos dramas sangrientos, puesto que en la misma plaza de Onteniente un oficial del rey veía impasible y sereno ejecutar en la horca á un hermano suyo que militaba entre los agermanados.

A reclamacion de casi todo el vecindario de Valencia fué puesto en libertad el marqués de Zenete, que volvió á la capital con gran satisfaccion de los nobles, y hasta de los plebeyos, que de todos era generalmente bien quisto el marqués. Pero aquella alegría se agrió pronto con la nueva de que el temible Vicente Peris había salido de Játiva con alguna gente y se dirigia á Valencia á reanimar á sus parciales. A prenderle ó impedirle la entrada salió con cien caballos el gobernador don Luis Cabanillas, que temiendo ser cortado por una columna de la germanía de Alciara, regresó á la ciudad sin otro fruto que ser insultado á la entrada por la plebe, contra la cual tuvo que dar algunas cargas de caballería.

No obstante la vigilancia y las prevenciones de las autoridades de Valencia, el diabólico y artificioso Peris tuvo maña para introducirse una noche en la ciudad (18 de febrero, 1522), y con una osadía que no puede menos de asombrar se instaló en su propia casa, en la calle de Gracia, donde inmediatamente congregó á los mas resueltos de sus amigos, decididos

todos á morir por defenderle. Con la noticia de su llegada puso el gobernador sobre las armas cinco mil hombres, de los cuales formó tres cuerpos; confió el mando del uno á su lugarteniente don Manuel Exarch, el del otro al marqués de Zenete, y él en persona habia de dirigir el tercero. Todos habian de confluír simultáneamente por diferentes puntos á la calle en que moraba Vicente Peris. La guerra de las germanías se iba á decidir aquel dia, pero tenia que ser un dia de horror para Valencia. Se abrieron todos los templos. Se espuso en ellos el Santísimo Sacramento y se llenaron de gente. Las tres columnas avanzaron por diversas calles hasta penetrar á un tiempo en la de Gracia. Sobre las tropas del rey caian de todas las ventanas de aquella estrecha calle las piedras, los utensilios y enseres de las casas, y el agua hirviendo que desde ellas arrojaban las mugeres. Tres horas duró el combate y la defensa de la casa de Vicente Peris, y la calle estaba sembrada de muertos, heridos y moribundos. Pudieron al fin los soldados acercarse á la casa y ponerle fuego. Por entre las llamas salieron la muger de Peris y sus hijos, quedándose él dentro con unos pocos. El fuego le abrasaba ya, desplomábase la humilde vivienda, y ya no tuvo remedio sino entregarse al capitán don Diego Ladron que tenia mas inmediato. Entre el gobernador y el marqués de Zenete se hallaba el Vicente Peris á poco rato, cuando se lanzaron sobre él unos grupos y le asesinaron

bárbaramente. Arrastrando llevaron su cadáver hasta la plaza del Mercado; medio despedazado su cuerpo le colgaron en la horca: bajáronle despues, le cortaron la cabeza y la colocaron en una ventana del palacio episcopal, de donde mas adelante la quitaron para clavarla en la puerta de San Vicente. Hasta otros diez y nueve de sus compañeros fueron ahorcados en las cárceles aquel mismo dia, y sus miembros se veian despues en las puntas de los maderos en los caminos reales. La casa de Peris fué arrasada, y de su solar quedó la plazuela llamada de Galindo.

Parecia que vencida la revolucion, de una manera tan trágica, pero tan definitiva en Valencia, debia haber quedado sosegado el reino; pero alentaba á los agermanados de Játiva un hombre misterioso, á quien habian recibido con entusiasmo, y que habia logrado alucinar á la gente crédula, diciendo que era hijo de unos grandes príncipes, pero que graves motivos de política le obligaban á ocultar su nacimiento y su nombre, por cuya razon le llamaban *El Encubierto*. Este singular personage hablaba varias lenguas, seducía con la palabra, atraia con sus modales, mostraba valor en los peligros, dábase aire de apóstol, y se decia inspirado y como predestinado por Dios para acabar con la morisma del reino. Suponíase hijo del Príncipe don Juan de Castilla y de Margarita de Flandes, y por consecuencia nieto de los Reyes Católicos. Decia que lo que habia dado á luz la princesa Marga-

rita no había sido una niña, como había figurado el cardenal Mendoza de acuerdo con la partera, sino un niño, que era él, y que no había muerto, como se dijo entonces, sino que había sido trasportado á Gibraltar, y dado á criar á una pastora, que le puso el nombre de don Enrique Enriquez de Ribera. Al principio cuando los agermanados le preguntaban su nombre, respondia que se llamaba el *Hermano de todos*. «Vestía, dice un historiador valenciano, una hernia parda de marineró, un capotín de sayal abierto por los lados, calzones de lo mismo á lo marinesco, y el bonete, una gallarúza castellana: el calzado una abarca de cuero de buéy y otra de pellejo de asno. De cuando en cuando salía á predicar en público (1).»

Con esto logró el Encubierto fascinar á muchos, se hizo un gran partido entre la gente popular, y había quien le reverenciaba como á verdadero príncipe. Habíase hecho amigo de Peris, y cuando se levantó el sitio de Játiva, se trasladó á Alcira, donde fué espléndidamente agasajado. Presentóse el Encubierto como vengador de la muerte de Vicente Peris, y así se lo escribió desde Alcira á los de Valencia, anunciando su ida á la ciudad. Súpolo el marqués de Zenete, hizo vigilar las puertas y frustró su tentativa. Penetrado el marqués de la necesidad de acabar con aquel hombre, pregonó su cabeza, ofreciendo al que le cogiera muerto ó vivo doscientos ducados de oro. Abandona-

(1) Escolano, Historia de Valencia, lib. X. c. 49.

do por sus parciales en otra segunda tentativa que hizo sobre la capital, y retirado á Burjasot, le sorprendieron una noche en su casa dos plebeyos y le asesinaron (19 de mayo, 1522). Llevado el cadáver del Encubierto á Valencia, fué quemado de orden del Santo Oficio, y su cabeza y la del que había de haberle facilitado la entrada en la ciudad, fueron clavadas sobre la puerta de Cuarte (1).

Continuó, sin embargo, por algun tiempo la guerra entre las tropas reales y las de las germanías de Játiva y Alcira por la parte de Sueca, Carlet, Luchente, Albaida y Bellús. En este último punto tuvieron los agermanados un encuentro con el viréy, en que perdieron mas de mil infantes y siete banderas. Con esto y con los refuerzos que al conde de Mélito envió el emperador, de vuelta ya en España, acometió otra vez la rebelde y obstinada ciudad de Játiva, en ocasión que se hallaban casi solas las mugeres en la población (6 de setiembre, 1522), las cuales hicieron una defensa varonil, dando lugar á que entráran los hombres que andaban corriendo la comarca. Pero

(1) Este famoso embaidor parece era hijo de padres judíos y natural de Castilla, cuya lengua hablaba muy bien. Había estado algun tiempo en la Huerta de Valencia haciendo vida de ermitaño. Despues sirvió en Cartagena á un rico comerciante llamado Juan Bilbao, en cuya compañía fué á Oran á asuntos mercantiles. Al cabo de algun tiempo sedujo la muger ó la hija del comerciante, por lo cual fué despedido de la casa ignominiosamente y pasó á servir al gobernador de Oran. Habíendosele descubierto otra fechoría semejante, fué azotado públicamente por las calles de aquella ciudad. Y desde allí se vino á Valencia, y tomó la parte que hemos visto en la guerra de las germanías.

el virey, gefe ya de un ejército respetable, apretó tanto el sitio, que despues de algunos dias tuvieron que rendirse aquellos tenaces agermanados. Privada Alcira del apoyo de Játiva, y sola ya en la contienda, se entregó sin resistencia al vencedor, que pasó á plantar el estandarte imperial en el último baluarte de las germanías (1).

Terminada aquella sangrienta guerra y sosegado el reino, comenzaron los procesos contra los agermanados, como en Castilla contra los comuneros despues de concluida la guerra de las comunidades. El famoso Guillem Sorolla, gobernador de Paterna y Benaguacil, que habia sido traidoramente vendido y entregado á la justicia real por un moro criado suyo, fué sentenciado á muerte y ejecutado en Játiva, sufriendo despues igual pena el agermanado Oller, cuyo interrogatorio habia servido para condenar á Sorolla. Su cabeza fué llevada á Valencia, y colocada á una esquina de la casa de la ciudad. Su casa fué arrasada como la de Vicente Peris. El nombre de aquel famoso tejedor, individuo del gobierno de los Trece, y uno de los mas audaces caudillos de las germanías, se conserva inscrito en la calle misma en que vivia, que desde entonces se ha llamado calle de Sorolla. Igual fin que Sorolla tuvieron Juan Caro y otros gefes de la germanía. La muerte, el destierro ó la fuga

(1) Allí recibió el virey orden del emperador para que diera libertad al duque de Calabria don Fernando de Aragon, preso hacia diez años en el castillo de Játiva.

fueron haciendo desaparecer á todos los agermanados de alguna cuenta, y los gremios de Valencia, y en general todas las clases de menestrales y artesanos, todos los que se nombraban plebeyos, fueron objeto de una activa persecucion, sufrieron la triste suerte de los vencidos, y fueron recargados de gravosísimos impuestos. Un escritor valenciano hace subir á catorce mil el número de víctimas que costó la guerra de las germanías (1).

Asi sucumbió casi á un tiempo y de un modo igualmente trágico ~~la clase~~ popular en Castilla y en Valencia, y en uno y otro reino quedó victoriosa y pujante la clase nobiliaria. Diversas en su origen y en sus tendencias las dos revoluciones, sobrabanles á los populares de ambos reinos motivos de queja, y aun de irritacion, á los unos por las injusticias y las tiranías con que los oprimian los nobles, á los otros por la violacion de sus fueros y franquicias que sufrían de parte de la corona. Para sacudir la opresion ó reivindicar sus derechos acudieron unos y otros á medios violentos, cometieron los excesos que acompañan de ordinario á los sacudimientos populares, fueron en sus pretensiones mas allá de lo que consentia el espíritu de la época y de lo que les convenia á ellos mismos; les sobró valor é intrepidez y les faltó

(1) La isla de Mallorca donde se habia propagado tambien la revolucion de las germanías, con lencia, se rindió y sometió al poco tiempo á consecuencia de una armada que envió allá el emperador. los mismos horrores que en Valador.

direccion y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Aun así, estuvo Carlos de Gante á peligro de perder su corona de España mientras ceñía en sus sienes la del imperio alemán. Pero una y otra revolucion sucumbieron, y las guerras de las Comunidades y de las Germanías dieron por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

CAPITULO IX.

CORONACION DE CARLOS V.

PRIMERAS GUERRAS DE ITALIA.

1520.—1522.

Salida de Carlos de España.—Va á Inglaterra.—Situación, carácter y relaciones de los reyes de Francia é Inglaterra.—El cardenal Wolsey.—Alianza de Carlos con Enrique VIII.—Coronación de Carlos V. en Aix-la-Chapelle.—Entrevista de Francisco I. de Francia y Enrique VIII. de Inglaterra en el *Campo de la Tela de Oro*.—Relaciones entre los monarcas y príncipes de Europa.—Guerra del Luxemburg.—Rompimiento entre Carlos V. y Francisco I.—Guerra de Navarra.—Toman los franceses á Pamplona y sitian á Logroño.—Son rechazados.—Guerra de Milan.—Alianza entre el emperador, el papa y Enrique VIII.—Los franceses espulsados de Milan.—Muerte del papa Leon X.—Elección de Adriano, regente de Castilla.—Nueva guerra y derrota de franceses en Lombardia.—Vuelta de Carlos V. á Inglaterra.—Guerra entre ingleses y franceses.—Regresa el emperador á Castilla.

Gana y deseo vehemente teníamos ya de dar algún desahogo al espíritu fatigado del sombrío cuadro de las guerras civiles, y de apartar nuestra vista de los campos de Castilla y de Valencia regados con sangre española, vertida por españoles mismos en batallas y